

por todas las virtudes á un tiempo. Si él triunfa, ¿qué mayor honor, qué mayor gloria puede tener un mortal en este mundo? ¿Y qué recompensa no puede esperar en el otro? Si muere en la empresa, paga con su sangre la que ya en esos mismos lugares su Dios había derramado por él.

41 Dios desde lo mas alto de su elevado trono con agrado y regocijo sumo lo estará viendo pelear sobre la tierra, y su Majestad le asistirá, ó traspasando con su invisible espada los escuadrones enemigos que el Conde encontrará delante de la suya, ó permitiéndole que herido gloriosamente el Conde, le caiga en sus brazos para transportarle en un momento al coro de los Mártires. Todo el punto está en que vuestro hermano obre como es justo, que no haga de la causa de Dios objeto de un loco capricho, ni asunto de vanidad humana, esta que es la mas sagrada empresa. Lo que importa es, que triunfe de sus pasiones con aquel mismo empeño con que desea triunfar de los bárbaros. Yo tengo la experiencia que él no tiene; y como la edad y los trabajos son los que yo he tenido, yo he aprendido, como él no ha aprendido, no le hablaré con mis consejos. Si los tomare, será verdaderamente feliz, porque Dios lo va guiando á este término, habiéndole criado para tan notable fin. Ea, vamos.

42 La Princesa con un aire varonil, espíritu brioso y semblante alegre se despidió del Conde, ahogando en el corazon sus cuidados; y sin dar lugar á que la violencia venciese á la naturaleza, se retiró en otro esquite, dejando al hermano y Miseno en el navío, que ya sueltas las velas partía empavesado*.

LIBRO XVI.

Al paso que el navío donde se habian embarcado Miseno y el Conde iba rompiendo majestuoso las aguas, y alejándose de la playa, se iba tras él el corazon de la princesa Sofia, sin perderle de vista, aunque llorosa, núm. 1 y 2.— Vienen el Embajador de la Reina de Jerusalem y su esposa á cumplimentar al Conde.— Declara Miseno al Embajador cuál es su intento en reducir al Conde, y le manifiesta el método que intenta seguir para remediar sus defectos.— Para corregir sus terquedades, alaba la docilidad de Ibrahim.— Reflexiona acerca del espíritu de las porfías.— El amor propio bien entendido obliga á ser dóciles.— Pruébale á Neucasis que el amor propio bien entendido nos enseña á ser dóciles.— Muda Miseno de intento la conversacion, preguntando á los Embajadores el motivo de su jornada.— Infórmanle de lo que pasaba en Siria, y que la nueva reina de Jerusalem, María, habia pedido á Felipe Augusto le nombrase esposo.— Diligense las pasiones infernales viendo caminar juntos á Miseno y al Conde.— Envidia trabaja en separarlos, núm. 19.— Envidia el Conde la fortuna de Juan de Brienna, en ser esposo de la nueva Reina.— Hace Neucasis un discurso sobre que el Conde de Moravia podia ser nombrado con mas motivo que el de Brienna para esposo de la reina María.— Corta Miseno el discurso, diciendo que el Conde era casado.— Neucasis insta con ejemplares.— Prueba Miseno que tener disgustos es consiguiente á dar libertad á las pasiones.— El Conde las defiende, y responde Miseno con la comparacion de dos hombres: el uno que modera los deseos del corazon, el otro que los deja volar.— Queda el Conde convencido; sin embargo dice, que quien tuvo nacimiento ilustre no puede reprimir las pasiones.— Miseno por el contrario le hace ver como las almas nobles deben tener gusto en vencerlas.— Confirmalo con un texto de Isaías, y alega un ejemplo de industria de que se valió cuando comandaba las tropas, que era poner discordia entre los enemigos.— Comparacion del coche enredado, en que los caballos tiran unos de otros.— Duda Elena que pueda practicarse la doctrina de Miseno, y este se ofrece á demostrarla; pero quiere averiguar antes cuál es la pasion mas vigorosa ó fuerte, para enseñar cómo esta ha de trabajar contra las otras.

1 La Princesa en la playa suelta los diques de sus lágrimas para que la inundacion de su corazon se desahogue, al mismo paso que el navío desplegadas sus velas al viento favorable iba rompiendo las aguas con majestuosa soberbia. Las ondas arrojaban espuma viéndose atropelladas de la arrogante proa, y abrigadas del voluminoso buque, venian murmurando quejas á buscar el asilo de la popa, la que por contenerlas les dejaba espacio anchuroso. La nave, cual princesa envaneida en día de pompa grande, llevaba tras sí una ostentosa cola, que manifestaba bien el camino que habia andado; y

tras ella iba el corazón de Sofía, como nave agitada, queriendo salirse velozmente por los ojos á seguir el mismo rumbo.

2 Tambien el Conde con Miseno desde lo alto de la popa no apartaba los ojos de la playa donde estaba su hermana, hasta que poco á poco la llegó á perder de vista; pero no de la memoria, pues de todo tomaba motivo para hablar de la princesa Sofía, porque la ternura de su corazón no le sufría retirar de ella los ojos del alma, ya que no podía verla con los del cuerpo. Miseno, cual médico atento encargado de un enfermo peligroso, observaba en el semblante, en las palabras y en los suspiros del Conde todos los síntomas de su enfermedad; mas como esta pasión era inocente, la consentía y animaba, porque con cierta industria esperaba sacar de ella la utilidad mas importante.

3 Vinieron á este punto á cumplimentarlos Aymar, señor de Cesarea¹, y Elena su esposa. Él habia sido enviado por los latinos de Palestina como embajador á Felipe Augusto, rey de Francia². Y su mujer Elena, señora en quien á pesar de su edad disputaban la primacía, la hermosura y el juicio, deseosa de ver la Europa, y particularmente la corte de París, le habia acompañado en este viaje, y ahora se volvian á la Tierra Santa³. Precedidos los recíprocos cumplimientos, le fue preciso á Miseno explicarles los motivos de la aflicción y deseos del Conde de Moravia, y en los elogios que decia de la Princesa su hermana, hacia particular reflexion sobre las cualidades del ánimo, que le eran al Conde mas necesarias y mas útiles á su intento. Para ganarle la voluntad se entraba bien en lo íntimo de su corazón, y se unia con él cuanto podia en sus mismos afectos, para que después en virtud de esta union y amistad lo pudiese traer consigo al camino de la sólida filosofía. Semejante al que dobla el cuerpo cuanto puede para sacar del piélago á quien cayó en él y se está ahogando; porque ve que sin bajarse mucho, y tener bien asido y seguro al que naufraga, no le puede sacar sobre el agua ni salvarle del riesgo.

4 Neucasis, hombre astuto y fino, criado entre las políticas de Italia, quedó desde luego prendado y enamorado del Conde, por lo

¹ No es esta la *Cesarea del Ponto*, sino de la *Siria*, cerca de San Juan de Acre.

² Francia, reino de Europa, de 240 leguas de largo y 225 de ancho. París es su corte, tiene 25 universidades, cuenta 18.000.000 de almas, otros dicen 22.000.000.

³ Hist. de Malta. (*Abate Vertot*).

que sin demora empezó á poner todo su estudio en agradarle; y así llevaba muy á mal toda la industria con que Miseno le queria ganar el corazón, teniendo por indigno de sus años el lisonjear un mancebo. Fiábase Neucasis en la voz, que tenia armoniosa y dulce, en su figura agradable, en su modo halagüeño y en el arte singular que habia estudiado de jugar el *si* y el *no* con tal destreza, que en un minuto hacia todos los papeles en el teatro del mundo; y en efecto supo hacer aquí su papel con tal primor, que en pocas horas ya era el Conde su amigo declarado. Intentó apartarlo de Miseno, porque le hacia sombra; y con cierto pretexto le convidó para que fuese á disponer las comodidades posibles á su gusto en la cámara de la nave, dejando á Miseno con los embajadores, que advirtieron bien la astucia del capitán veneciano.

5 Entonces Miseno le descubrió á Aymar cuál era su idea. Todo mi intento, decia, es mudar el corazón de este caballero; y no aprobando el método de la mayor parte de los hombres, sigo otro camino. De ordinario, cuando los hombres quieren corregir los defectos ajenos, comienzan su empresa con elocuencia de soldados, disparan saetas y lanzas contra el corazón; hiérenlo con reprensiones acres, batiéndolo con fuerza é ímpetu como á las murallas de una plaza rebelde, y todo esto para reducirle y dar con él en tierra. Yo no sigo este orden ó arte, porque no se rinde así el corazón humano, á quien una nobleza innata le hace detestar todo lo que es violencia y fuerza. Además de eso, aun suponiendo que esta violenta elocuencia triunfase del corazón, de poco le servirá la victoria; porque habiéndose arrojado contra él tantas flechas y lanzas, vendria á estar muy herido y ensangrentado, y en tal caso no seria el corazón del hombre el que vendria atado en el triunfo vanidoso, sino su mero cadáver ó esqueleto puro, porque le faltaria la libertad, que es su alma y vida; y cuando alguna vez llegase de este modo á las manos del vencedor el corazón vivo y atentado, siempre habia de llegar triste, violento y preso, y solo tardaria en huir cuanto tardase en romper las cadenas que lo sujetaban.

6 Muy diferente es la victoria cuando se adquiere por el amor y la dulzura, empleando para ello las pasiones mas agradables y fuertes, las cuales bien manejadas al mismo tiempo, lo encantan y lo aseguran. Conozco en el Conde un natural orgullo de corazón y dureza de juicio, efecto de los pocos años y malos ejemplos: empero tiene el corazón tierno, y gusta de la novedad, y de estas pasiones pienso valerme para domarle las otras. Él dice que yo tengo genio afable:

la naturaleza me le ha dispuesto, la filosofía formado, y madurado la edad, pues de este mi carácter que tanto le agrada, me he de servir para inspirarle las máximas que le son mas necesarias para ser feliz verdaderamente. Os prevengo esto para que ambos me ayudeis en esta empresa, porque temo la compañía de Neucasis.

7 Aprobaron mucho este sistema Aymar y la Embajatriz; y cuando el Conde llegó, fué Miseno prosiguiendo en las alabanzas de su hermana, reflexionando sobre la admirable docilidad de entendimiento que se admiraba en esta señora, y le era al Conde necesaria. Nunca encontré, decia Miseno, señora de juicio tan claro, y al mismo tiempo tan dócil: viva en exponer su pensamiento, atenta en escuchar el parecer contrario, y fácil en rendirse á la razon, aunque sea diferente de la suya.

8 Cuando yo tenia menos edad, añadió Elena, disputaba mucho, y queria que todos cediesen á mi opinion, de suerte, que tenia por injuria que me contradijesen, y aun solo el que dudaran simplemente de mi pensamiento, ya era para mí un insulto impolítico. De este modo queria yo, no amigos, sino esclavos. Yo consideraba, no solo como maestra y doctora en cualquier ciencia, sino como oráculo ó divinidad, cuyas respuestas debian ser admitidas sin la menor averiguacion. Por esto un dia mi padre, habiendo asistido á una disputa muy reñida, en la que yo entre los convidados habia declamado como si fuese un Demóstenes ó Eschino, se encerró conmigo en mi gabinete, y me dijo así: Hija mia, yo apruebo vuestro pensamiento, mas no la fuerza con que lo defendeis. Cada uno ama su propio dictámen, como á hijo delicioso de su entendimiento: y así si vos amais el vuestro, por la misma innata inclinacion de la naturaleza han de estimar los suyos los contrarios, porque ninguno os da á vos mayor derecho que á ellos. No hay quien no se esfuerce á defender su opinion, y no debeis extrañar que ellos no concuerden con la vuestra, como ni los adversarios pueden quejarse de que vos no convengais con la suya. Verdad es que creeréis que os fundais en razon; mas ellos igualmente lo creen por su parte: ¿y quién nos dirá si son ellos ó sois vos quien se engaña? Luego es locura, hija mia, el disputar. Esto me dijo, y de tal suerte reflexioné en esta razon, que desde aquel dia nunca mas tuve contienda que me impacientase. Expongo mi parecer: oigo con gusto el contrario: examino con tranquilidad mi fundamento y los suyos; y si al fin no nos convenimos, los dejo ir en paz hácia el Sur, y yo sin enfado ni desprecio tiro hácia el Norte. Pero si su razon me parece bien, si me convence, mudo de dictámen, ó lo

pongo todo en el gabinete de lo incierto, y espero nueva luz para averiguar la verdad, temiendo siempre que el amor propio me engañe, que es punto muy importante: de este modo yerro mucho menos, y jamás me aflijo.

9 Podemos añadir, dijo Miseno, que entonces triunfamos muchas mas veces del juicio ajeno, porque nada hay que tanto disponga á nuestro contrario á oír é investigar con ánimo sincero nuestras razones, como ver que con gusto atendemos á las suyas; y el mas ordinario origen de las porfias proviene de que la pasion propia de cada uno no le deja mirar con la indiferencia que es justa las razones del contrario. Hallaréis muchas veces en las contiendas de las escuelas mil hombres de juicio, que dicen *no* con una seguridad que pasma, cuando en el partido contrario hay otros tantos que dicen *sí* con tal firmeza, que darian en su defensa la vida. De una y otra parte hay igual juicio: de una parte y de otra buena fe y sinceridad. Ahora, es evidentísimo que uno de los dos partidos yerra; y sin embargo que parece imposible que mil hombres de juicio, hablando con sinceridad, se engañen, ¿de donde, pues, proviene esto? Procede de que cada uno sienta la resolucion de su partido, antes de pesar bien sin pasion las razones contrarias. Esto es así, dicen ellos con toda firmeza: vamos ahora á ver en qué se fundan los porfiados del partido opuesto, los temosos que no quieren confesar la verdad. Con este preludio, las razones contrarias son vistas con malos ojos, de prisa y con desprecio, y así no parecen lo que son; y aquellos que parece que buscaban la verdad, quedan mas adheridos á la opinion antigua que seguian. Si hallan tal vez que las razones opuestas son indisolubles, recurren al gabinete del misterio, y dicen: en todo hay dificultades; pero lo cierto es que nuestra opinion es buena. Cual soñoliento, que despertado por el ruido abre despacio los ojos y comienza á ver la luz del dia; pero perezoso, amigo del descanso y las tinieblas, vuelve otra vez á cerrarlos, diciendo que aun es de noche; así cada cual se deja sumergir en el descanso de su opinion primera, diciendo que todo lo demás es error. ¿Cuántas pependencias, cuántas guerras, cuántas disputas se evitarian, si ninguno dijese *sí* ni *no* antes de reconocer las razones de una y otra parte? En los puntos de religion debemos creer sin escudriñar la autoridad divina, porque no puede engañarse; mas en la autoridad de los hombres solo debemos fiarnos cuando las razones están bien examinadas de ambas partes; aun así erraremos muchas veces. Pero si entonces erramos, es miseria de la naturaleza, no desórden del ánimo.

10 El Conde lo oía todo con atención, pero se sentía herido; y por eso era muy frío el aire con que aprobaba esta doctrina. Neucasis, que observaba todos los pensamientos del Conde para lisonjearle, se declaró por la opinión contraria, alegando que el amor propio, primer móvil de todas las acciones humanas, quedaba ofendido en esta docilidad. ¿Cuál es el hombre, decía, que no se avergüenza de quedar vencido? y las victorias del entendimiento son más gloriosas que las del cuerpo. En las batallas del cuerpo, las armas, los brazos y la fuerza tienen mil competidores en los brutos; pero en las contiendas del juicio nada tiene comparación con el hombre. Solo quien tuviere un corazón vil, una alma pequeña, una educación grosera, no deseará obligar á su competidor á que por fuerza, quiera ó no quiera, confiese que erró. Además de esto, quien tiene luces en su entendimiento, debe hacer ostentación de ellas para alumbrar á los ciegos. ¿Qué ridícula condescendencia sería mudar á cada paso de opinión, solo porque hallamos quien diga lo contrario? Dios á cada uno le dió su juicio, porque quisiera cada uno se gobernase por él. Ahora, si cada cual hubiera cedido á lo que los otros le dijeren, bastaría un entendimiento en cada ciudad, y que siguieran todos como ovejas al que fuese delante. Ved, pues, señores, que lo que aconsejais al Conde es una cosa indigna de su nacimiento.

11 Aquí el Conde, haciéndole del ojo á Neucasis, lo suspendió. Ignoraba este quién era Miseno; y el Conde, que lo sabía, en secreto se afligió, viendo que el adulador insultaba á un monarca. Neucasis, no sabiendo el motivo de esta muda reprensión del Conde, calló al punto, confundido consigo mismo; pero como veleta de campanario, que observa todos los vientos para mudarse en un instante.

12 Miseno sin alterarse respondió á Neucasis así: Nuestro amor propio, el cual, como vos decís, es el móvil de toda porfía, debe ser el fundamento de la mayor docilidad. Así se verificará que nuestras pasiones, las cuales nos impelen á los mayores excesos, serán, si bien lo reflexionamos, el medio mejor para corregirlos, con tal que sepamos usar de ellas según la sólida filosofía; y de este modo podemos hacer en esta materia del veneno mismo triaca.

13 Admiróse Aymar de la paradoja, Neucasis se reía, y la Embajatriz estaba con suma atención, creyendo que Miseno no profería máxima alguna sin razón muy conveniente; en efecto, prosiguió Miseno explicando su máxima de este modo: Cuando en las disputas veis que vuestro contrario os cede la palma, decid, Neucasis, ¿qué afecto siente vuestro corazón hácia él? ¿De estimación ó de despre-

cio? ¿Gustais de él, ó le abominais? Ninguno hay á quien este procedimiento de ceder no le lisonjee. Entonces ciertamente decís que vuestro amigo tiene juicio, que discurre como es razón, que penetra bien lo que se le dice, que es hombre recto, que ama la verdad, que es sumamente dócil, etc. Por el contrario, cuando el contendedor en lugar de someterse porfía, y sin responder cosa que plenamente satisfaga, persiste en lo que una vez dijo, ¿qué concepto formais de él? ¿No lo teneis por hombre de juicio duro, de razón ciega, que ó no conoce la verdad clara, ó que por soberbia no la confiesa, aunque la haya conocido? Pues si quien os cede en la disputa gana vuestra estimación, y quien porfía la pierde, cuando vos cediéreis á los demás, seréis estimado de ellos; y cuando los resistiéreis, os tendrán por hombre de juicio corto ó de corazón rebelde. Ved ahora si nuestro amor propio nos debe, ó no, inspirar la docilidad.

14 Mirad, Neucasis, le dijo entonces la Embajatriz, si quereis ser despreciado ó estimado, resolveos ahora á contradecir ó ceder. El Conde riéndose del argumento de la señora, lo celebró con aplauso; y Neucasis, ó por política ó sinceramente, confesó que estaba rendido.

15 Viendo esto Miseno, para no fastidiar á los huéspedes con una conversación desagradable, la mudó preguntando urbanamente á los Embajadores si le sería permitido saber el destino de su viaje; á lo que Aymar respondió con franqueza de esta suerte:

16 Aunque el designio y motivos de mi venida eran al principio un secreto de la mayor importancia, no lo son ahora que he vuelto á la embajada que pusieron á mi cargo, y al del Obispo de San Juan de Acre, la Reina y los caballeros latinos que se hallan en la Palestina. Ya sabeis que por muerte de Almerico, rey de Chipre, y de Isabel su mujer, reina de Jerusalem¹, las dos coronas que estaban unidas por el vínculo matrimonial se separaron por pertenecer á los hijos que habian tenido de otro matrimonio. También sabréis que María, hoy reina de Jerusalem, fue hija de Isabel y de Conrado de Monferrato, príncipe de Tiro², á quien ella habia tenido por esposo en segundas nupcias después de Aufrido, y antes que casase con Enri-

¹ Isabel fue hija de Almerico I, rey de Jerusalem, y heredó esta corona después de la muerte de su hermana Sibila: por que Isabel fue casada cuatro veces, la primera de edad de ocho años con Aufrido de Toron por inducción ajena: anulado este casamiento, casó con Conrado de Monferrato, príncipe de Tiro, de quien tuvo la infanta Maria: la tercera vez con Enrique, y por muerte de este con Almerico, rey de Chipre.

² Tiro ó Sour, ciudad de la Turquía asiática en la Siria, patria de Hércules, á la costa del Mediterráneo, con un gran puerto, fue célebre, hoy solo ruinas.

que, y despues de él con Almerico, rey de Chipre que falleció. Esta señora, pues, heredó de su madre Isabel la corona de Jerusalem, ó por mejor decir el derecho á ella, y desde ese momento hirvió toda Palestina en una turbulencia inexplicable, habiendo tantos pretendientes á la corona de Jerusalem, como habia de caballeros que aspiraban á las bodas de la Princesa.

17 No ignorais que todavía se ven humear las lastimosas ruinas que en los Santos Lugares dejó el incendio funesto que hizo arder la pasión inconsiderada de Sibila, tía de nuestra Princesa, por haberse enamorado ciegamente de Guido de Lusignan, caballero que no tenia las cualidades necesarias para aquel trono; y de allí se siguieron todos los estragos y ruinas que aun hoy vemos.

18 Esto supuesto, la princesa María viéndose ahora obsequiada de un sinnúmero de pretendientes, y considerando en ellos otros tantos enemigos, si prefiriese á alguno de ellos para darle la corona y dominio sobre los otros, resolvió enviar de comun acuerdo con todos los príncipes, á pedir á Felipe II, esposo¹, un esposo digno de su reino en las circunstancias presentes, y que fuese igualmente digno de la persona de la Reina. El Rey de Francia acaba de nombrar á Juan, conde de Brienna², caballero de sangre, valor y espíritu proporcionado á la empresa, y realmente benemérito del trono. Aceptó el Conde con todo el reconocimiento que merecia la eleccion que se habia hecho de su persona por tan augusto Soberano, y nos mandó que dijésemos á la princesa María, su futura esposa, que en breve se pondria delante de San Juan de Acre, acompañado de un poderoso ejército, para comenzar de nuevo la guerra, interin que se acababan las treguas pactadas con Saffadino, sultan de Egipto³. Añade que él espera que en esta nueva cruzada se verá la mas formidable armada que jamás navegó por el Mediterráneo, porque muchos soberanos están determinados á ir en persona á dar testimonio á Jesucristo nuestro Salvador de cuán sensible les es que el trofeo de nuestra redencion, su santa cruz, esté en manos de sus enemigos, y su sagrado sepulcro en poder de mahometanos. Esta alegre respuesta, acompañada de presentes riquísimos, me obliga á hacer mi viaje sin la mas

¹ Este Rey, uno de los mas excelentes de la Francia, fue azote de los herejes y judíos; promulgó leyes contra comediantes, bufones y blasfemos. Reinó desde 1180 hasta 1223.

² Brienna, villa de Francia en Champaña, á cuatro leguas del rio Aube. Dió el nombre á la casa antigua de Brienna que dió reyes á Jerusalem.

³ Hermano y sucesor de Saladino.

mínima detencion, mientras mi compañero el Obispo de San Juan de Acre hace alguna diligencia para interesar en esta empresa á algunos príncipes de la cristiandad, como al Rey de Hungría, al de Polonia, y á algunos soberanos de Alemania. Así habló el Embajador.

19 Entonces el Conde les declaró tambien su intento; y que por cuenta de su cuñado el Rey de Hungría, pasaba á militar á la Palestina, mientras que los negocios de su monarquía le daban lugar á ir en persona. Alegróse infinito el Embajador, viendo que ya llevaba á aquel caballero como presente á la nueva Reina, y en él un testimonio del buen éxito que comenzaba á tener su embajada.

20 No se descuidaban las pasiones conjuradas contra Miseno y contra el Conde de aprovechar toda y cualquier ocasion que se ofrecia para impedir el buen efecto de la sana doctrina, ya que por haber dispuesto mal sus tramoyas, en vez de separarlos, los habia hecho caminar juntos. Y formados nuevos conciliábulos en las lagunas del Cocito*, fueron vivamente reprendidas y castigadas las insinuadas pasiones que inútilmente habian trabajado en separar al Conde de Miseno, y con mucho dolor salen otras de nuevo á desplicarse de la mala disposicion de las primeras. Sale, pues, la envidia determinada á trabajar en esta empresa con sus compañeras; lo que hizo de este modo:

21 En todo aquel dia habia satisfecho Aymar la curiosidad del Conde sobre los dotes naturales y cualidades de la Reina; y á cada palabra que el Embajador decia, disparaba la envidia una saeta de fuego con que el corazon del Conde se inflamaba. La felicidad de Juan de Brienna le encendia, no solo la ambicion del gobierno, sino tambien el interés de la corona, y el amor de una bella Princesa como Aymar la pintaba; y así ya trabajaban de concierto en esta empresa las tres pasiones mas furiosas de todo el abismo. No podia este incendio ocultarse á la perspicacia de Miseno; y Neucasis, que de todos modos deseaba lisonjear al Conde, soplabá las llamas de sus pasiones con la mayor fuerza que podia.

22 No puedo aprobar, decia el veneciano, que una princesa que con su propia corona puede hacer feliz á su esposo, en lugar de recibir de él la felicidad, ella misma se exponga á la ciega eleccion que haga un príncipe extranjero. ¡Qué disgusto no seria hallarse con un esposo que no le agrade, ó que no la merezca! Si la gloria vana de adquirir nombre ha traído á Palestina tantos príncipes, ahora la esperanza de encontrar una corona, ¿quién duda que hará venir tan copiosa multitud de ellos, que la Princesa pueda escoger por sí mis-

ma con toda la satisfaccion de su alma uno que sea digno de su persona y de su cetro? Y no seria esta la primera reina de Jerusalem que hizo de un aventurero un monarca ¹. El Conde de Moravia, que está presente, merece bien la ventura que tuvo Guillermo de Lusignan, y que está con menos razon prometida al Conde de Brienna. Los Emperadores de Alemania tenian mas razon que el Rey de Francia para nombrar rey de Jerusalem, porque han hecho á la Tierra Santa muchos mayores servicios; y si no, vedlo comprobado. En el mismo año en que Felipe Augusto acometió á San Juan de Acre, Federico Barbaroja, emperador de Alemania, tomó toda la Cilicia, y desbarató los sarracenos ². Si Felipe enfermó en esta expedicion hasta caerle las uñas de las manos y de los piés, Federico perdió la vida por seguir á los enemigos de la cruz, ahogándose con su caballo en el rio *Carasu* ³, donde tambien Alejandro Magno estuvo casi muerto. Además de eso su hijo Enrique VI, que por muerte de su padre Federico condujo el ejército hasta San Juan de Acre, envió despues á la Siria *sesenta mil* hombres que hicieron un estrago horrible en los enemigos de la fe ⁴. Y así bien podian los latinos dar á Felipe, su hermano y sucesor del imperio, la gloria de nombrar al Conde de Moravia para la corona de Jerusalem, en lugar de ofrecerla al Rey de Francia para nombrar al Conde de Brienna. Vuestra hermana mayor se halla en el trono de Hungría, la princesa Sofia ya estuvo en el de Constantinopla, y no seria de admirar que lográseis por esposa á una reina, cuando teneis por hermanas dos soberanas. En cuanto al valor, en nada debeis ceder á Juan de Brienna, teniendo la sangre tan noble y los espíritus tan marciales.

23 Quiso tambien atajar esta conversacion, respondiendole á Neucasis que el Conde tenia su esposa viva, y que semejantes ideas eran del todo fuera de la posibilidad: á lo que respondió Neucasis, que los príncipes gozaban otros privilegios que la gente de la plebe no tenia. Que si la Princesa se agradase de la persona del Conde, hallaria sin salir de su propia casa ejemplares para disolver el matrimonio; por quanto su madre *Isabel* habia repudiado á Aufrido de Toron, su primer marido, para casar con el príncipe de Tiro, Con-

¹ *Sibila* su tia lo hizo, casando con Guido de Lusignan, como se ha dicho.

² El año 1189 emprendió el viaje de la Tierra Santa con un ejército de 150,000 hombres contra *Saladino*. Le ganó muchas batallas, á *Iconio*, y otras ciudades. (*D. Manuel Trincado en su Geografía, etc.*)

³ Rio *Cigno*. (*Ab. Choyssi*).

⁴ *Ibid.*

rado, su padre. Que *Sibila*, su tia, y reina de Jerusalem, tambien habia repudiado al mismo Guido de Lusignan, á quien recibió despues segunda vez por esposo. Aun está muy fresca, decia, la memoria de lo que hizo el Rey de Francia, que repudió á su legitima mujer *Matilde*, y tomó por esposa á la hija del Duque de Aquitania. Poco mas ha de cinco años que el rey de Inglaterra Juan, llamado *Sin-Tierra*, repudió á su mujer *Havoisa*, y tomó otra á quien queria mas ¹. Así es que siempre se hallan pretextos para tener derecho, cuando los príncipes absolutamente quieren.

24 Mucho disgustó esta respuesta al Embajador y á Miseno; y al contrario, hizo una agradable impresion en el ánimo del Conde: de forma, que cada palabra era una llama que salia de la boca de Neucasis, con la que las furias infernales soplaban tres incendios bien diferentes: en el corazon del Conde el de la ambicion; en el de Aymar el de los celos; y en el de la Embajatriz el de la cólera, por ver así ultrajados los sagrados derechos de la Religion, de las cortes y de las esposas.

25 Ya que nos contaís, decia Aymar al capitan, ya que nos contaís los desaciertos, tened la bondad de referirnos los sucesos que se les siguieron, para ver vuestros consejos cuán poco acertados son. No hablemos de lo que hizo *Isabel* casada con Aufrido, porque *Almerico I*, su padre, la casó de edad de ocho años, y esta edad tan tierna le dió un derecho inviolable para repudiar un marido tomado sin libertad. Vamos ahora á la recusacion de su hermana *Sibila*. Bien se vió que fue simulada; pues con este fingimiento quiso la Reina obligar á los caballeros latinos á rendir todo á Guido de Lusignan, á quien en la apariencia le dejaba solo por un momento para recibirlo de nuevo, y con mayor derecho, al vasallaje de los príncipes.

26 Mas ¿por qué pasais en silencio las horribles calamidades que se vieron en Francia por el repudio de *Matilde*? Aun están humeando las cenizas de los estragos que esta monarquía sufrió cuando el Cardenal de Capua, legado del Papa, puso entredicho general en todo el reino, hasta poner en precision al Príncipe de volver en sí, y reconocer su yerro. Igualmente, ¿qué tumultos, qué desórdenes, qué calamidades no han oprimido á la Inglaterra por el repudio que hizo ese intruso Monarca? Siempre, Neucasis, que alegueis ejemplares para que se imiten, no los busqueis de personas que por la sultura

¹ Repudió á su mujer *Havoisa*, y casó con *Isabel*, condesa de Angulema. (*P. Pinet. Mon. Eccles.*)